

CATEDRAL DE CÓRDOBA

FACILITADA POR GORDON

P. 10

The interior of the Cathedral of Cordoba is a masterpiece of Moorish architecture. It features a series of intersecting arches that create a complex and beautiful pattern of light and shadow. The central dome is particularly striking, with its intricate carvings and vibrant colors. The floor is made of alternating red and white tiles, which adds to the overall aesthetic of the building. The architecture is a blend of Islamic and Christian styles, reflecting the city's rich history.



INTERIOR DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA (ANTIGUA MEZQUITA)

Córdoba. Conociendo su afición, propusieronle un día la adquisición de una heredad contigua sumamente feraz y amena: sabedor el emir de que deseaban adquirirla otros, abstúvose de comprarla por no perjudicarles (1).

Cuéntase que un astrólogo anunció á Hixem la proximidad de su muerte; y que en su virtud, sin apesadumbrarse por ello, dicen las crónicas, convocó una solemne asamblea de los principales dignatarios del imperio (ceremonia que desde su padre siguieron usando en iguales casos los emires), y en ella hizo reconocer por sucesor suyo á su hijo el jóven Al-Hakem, al cual juraron todos los principales jeques obediencia y fidelidad. El vaticinio del astrólogo, si fué cierto, no tardó en cumplirse. En los primeros días de abril de 796 enfermó Hixem, y á los doce días, dicen los autores árabes, se fué á la misericordia de Alláh. Refieren que poco antes de morir llamó á su hijo y le dió los siguientes consejos, que algunos equivocadamente han atribuido á su padre (2). «Considera, hijo mío, que los reinos son de Dios, que los da y los quita á quien quiere. Pues Dios por su bondad nos ha dado el poder que está en nuestras manos, démosle gracias por tanto beneficio, hagamos su santa voluntad, que no es otra cosa que hacer bien á todos los hombres, y en especial á los que están encomendados á nuestra protección: haz justicia igual á pobres y á ricos; no consentas injusticias en tu reino, que es camino de perdición; sé benigno y clemente con todos los que dependan de tí, que todos son criaturas de Dios. Confía el gobierno de tus provincias y ciudades á varones buenos y experimentados; castiga sin compasión á los ministros que opriman tus pueblos: gobierna con dulzura y firmeza á tus tropas cuando la necesidad te obligue á poner las armas en sus manos; sean los defensores del Estado, no sus devastadores; pero cuida de tenerlos pagados y de inspirarles confianza en tus promesas. No te canses de granjear la voluntad de tus pueblos, pues en su amor consiste la seguridad del Estado, en el miedo el peligro, y en el odio su ruina cierta. Cuida de los labradores que cultivan la tierra y nos dan el necesario sustento: no permitas que les talen sus siembras y plantíos. En suma, haz de manera que tus pueblos te bendigan, y vivan contentos á la sombra de tu protección y bondad, que gocen tranquilos y seguros los placeres de la vida: en esto consiste el buen gobierno, y si lo consigues, serás feliz, y alcanzarás fama del mas glorioso príncipe del mundo (3).»

«Al leer este fragmento, exclama un escritor de nuestros días, ¿no se cree tener á la vista una página de Fenelon? Ciertamente, á ser auténtico, como lo parece, este discurso, holgaríamos de ver practicadas las máximas del príncipe musulmán por los mismos que rigen y gobiernan los pueblos cristianos. Dejó Hixem establecidas en Córdoba escuelas de lengua arábiga, y en su tiempo se comenzó á obligar á los cristianos mozárabes á no hablar ni escribir en su lengua latina.

Alfonso de Asturias había trasladado su corte y residencia real á Oviédo, la ciudad que había fundado su padre Fruela, y donde él había nacido. Consagrábase el tiempo que las irrupciones sarracenas se lo permitían á fomentar la prosperidad de su reino con el celo, piedad y prudencia que hicieron tan glorioso su largo reinado. Cinco años llevaba gobernando la monarquía de Asturias, cuando por muerte de Hixem fué proclamado emir de la España musulmana Alhakem, su hijo,

(1) Con esta ocasion compuso los siguientes versos, que revelan no tanto ingenio como grandeza de ánimo.

Mano franca y liberal—es blason de la nobleza,
El apañar intereses—las grandes almas desdeñan:
Floridos huertos admiro—como soledad amena,
El aura del campo anhelo,—no codicio las aldeas,
Todo lo que Dios me da—es para que á darlo vuelva:
En los tiempos de bonanza—infundo mi mano abierta
En el insondable mar—de grata beneficencia;
Y en tiempo de tempestad—y de detestable guerra
En el turbio mar de sangre—baño la robusta diestra:
Tomo la pluma ó la espada—como la ocasion requiera,
Dejando suertes y lunas,—y el contemplar las estrellas.

Conde, cap. 28.

(2) Viardot, Hist. des Arabes, etc. cap. 11.

(3) Conde, cap. 29.

cuya brillante educación, juventud, ingenio y cultura, hacían esperar á los musulimes que tendrían en él un digno sucesor de su abuelo y de su padre: y esperaronlo mas al verle nombrar su hagib ó primer ministro al ya ilustre en armas y letras Abdelkerim ben Abdelvahid, su bibliotecario y amigo desde la infancia. Pero la altivez é irascibilidad de su genio le condujeron á los excesos y extravagancias que nos irá diciendo la historia.

Borrascoso y turbulento comenzó el reinado del tercer Omíada. Sus dos tíos Suleiman y Abdallah, en Tánger el uno, en las cercanías de Toledo el otro, de nuevo aguijados de la ambición de reinar, preparáronse á disputar con las armas á su jóven sobrino un trono de que aun se creían injustamente despojados, como hijos mayores de Abderrahman. Entendiéronse entre sí, y mientras Abdallah con ayuda del cadí de Toledo Obeida ben Amza (el Ambroz de las crónicas cristianas), hombre astuto y de intriga, organizaba secretamente la rebelión, Suleiman en Africa reclutaba á fuerza de oro la gente movediza y vagabunda del Magreb para traerla á España. Abdallah, despues de haberse concertado con su hermano en Tánger, pasó resueltamente á solicitar el apoyo del mas poderoso príncipe que entonces en Europa se conocía, de Cárlo-Magno, que se hallaba á la sazón en su palacio de Aquisgran (Aix-la-Chapelle). Allá se fué el atrevido árabe, como antes Ibnalarabi á Paderborn, á implorar la ayuda del gran jefe de la cristiandad contra el emir su inmediato pariente y correligionario. A tal punto la codicia de poder aho-ga en los hombres la voz de la sangre y el sentimiento religioso. Lo que negociaron en su comun interés el monarca franco y el rebelde omíada, indicáronlo pronto, si del todo no lo aclararon los sucesos (4).

Despues de haber venido juntos hasta la Aquitania Abdallah y el rey franco Luis el Pio, y mientras el hijo de Cárlo-Magno se disponía á invadir la España por el Pirineo Oriental, el tío del emir de Córdoba atravesaba todo el territorio que media hasta Toledo, donde ya su activo agente Ambroz (Aben Amza) le tenia ganadas algunas fortalezas de la provincia, alzado banderas por él, y apoderádose de las puertas y alcázar de Toledo por un atrevido golpe de mano (797). De todos los alcaides de la comarca ninguno había permanecido fiel al emir sino Amrú el de Talavera. Suleiman con su hueste aventurera de Africa desembarcaba en Valencia y se reunió á su hermano en Toledo, sin que alcanzara á impedirlo el emir por pronto que acudió con la caballería de Arcos, de Jerez, de Sidonia, de Córdoba y de Sevilla. Viéronse al instante los resultados de la entrevista de Aquisgran, porque mientras Alhakem y su fiel Amrú sitiaban en Toledo á los dos hermanos rebeldes, el hijo de Cárlo-Magno y el rey de Aquitania Luis (Ludovico el Pio) por medio de sus leudes y caudillos recobraba á Narbona, batía á los comandantes musulmanes de la frontera Balhul y Abu Tahir, rendía otra vez á Gerona, se le entregaban Lérida, Huesca y Pamplona, y un moro nombrado Zaid escribía á Cárlo-Magno ofreciéndole poner la plaza de Barcelona á su disposición.

En tal conflicto el jóven Alhakem, con una resolución propia de su juventud, dejando encomendado á su fiel Amrú el sitio de Toledo, parte rápidamente con la caballería de su guardia á apagar el incendio de la España Oriental. Llega á Zaragoza, hace un llamamiento á los buenos musulmanes, su presencia, sus modales, sus ardientes discursos reaniman las poblaciones del Ebro, y acuden en derredor de la legítima bandera. Con esto emprende vigorosamente la reconquista de las plazas perdidas, los franco-aquitianos huyen delante de sus armas, recobra á Huesca, Lérida y Gerona, entra en Barcelona, traspone el Pirineo, avanza á Narbona, destruye, degüella, cautiva niños y mujeres, le aclaman sus soldados *Amudhaffar* (vencedor afortunado), y dejando el cuidado de la frontera á su primer ministro Abdelkerim, y al walí Foteis ben Suleiman, regresa á Toledo fuerte y orgulloso con el resultado de tan feliz y rápida campaña. En vano en su ausencia se había engrosado el partido de sus rebeldes tíos: en vano se les habían adherido las ciudades de Valencia y

(4) Eginhard, Annal.—Annal. Lauriss.—Conde, cap. 30.